

UN AIRE
NUEVO
FRANCISCO,
UN PAPA
SORPRENDENTE
CARLOS AMIGO VALLEJO



Carlos Amigo Vallejo

UN AIRE NUEVO

Francisco, un Papa sorprendente

 Planeta

Índice

| | |
|---|----|
| <i>Introducción</i> | 11 |
| 1. <i>Habemus Papam</i> | 13 |
| Introducción. Los criterios y las críticas. El programa pastoral del Papa Francisco. Los papas no se repiten. Con el Vaticano II. Expectación y futuro. | |
| 2. Entre Benedicto XVI y el Papa Francisco . . . | 37 |
| La renuncia. Motivos y opiniones. Benedicto XVI, Papa. Momentos de dificultad. La Iglesia entre Benedicto XVI y Francisco. Benedicto XVI y España. <i>Lumen fidei</i> . | |
| 3. Una personalidad nueva y sorprendente | 55 |
| La sorpresa. Los gestos del Papa. Habla con autoridad. Perfil del nuevo Papa. Nuevos objetivos para una Iglesia en camino. | |
| 4. Francisco es mi nombre | 73 |
| El nombre de Francisco. La creación. El Cántico de las criaturas. La armonía. | |

| | |
|--|------------|
| 5. Tiempo de turbaciones y de renovación . . . | 81 |
| Turbaciones y responsabilidades. Sinceridad y transparencia. Cambio y renovación. La curia romana. El IOR. Recelos y sospechas. Fidelidad y renovación. Cristo es la razón. | |
| 6. Dios y el ofrecimiento de la fe | 111 |
| Dificultades para aceptar y creer. Dios y la ciencia. La ilustración. El relativismo. Fe en Dios. El ofrecimiento de la fe. | |
| 7. La paz y la justicia | 127 |
| Contradicciones y presupuestos ineludibles. La pobreza y la cultura del descarte. La crisis y sus dimensiones. La persona y su dignidad. El Evangelio de la vida. Justicia y derechos. El drama de la inmigración. Constructores de la paz. Una laicidad positiva. | |
| 8. Diálogo ecuménico e interreligioso | 167 |
| Finalidad y condiciones del diálogo interreligioso. Diferencias, dificultades y foros para el diálogo. Multiculturalidad y alianza de civilizaciones. El santo nombre de Dios. Ecumenismo. | |
| 9. La Iglesia y su misión | 183 |
| La santa Iglesia. Una Iglesia viva. Las periferias existenciales. Una Iglesia evangelizadora. Nueva evangelización. Universal y misionera. | |
| 10. Con identidad cristiana | 227 |
| Condición de cristiano. Familia cristiana. La ventana del futuro. La mujer en la Iglesia. Obispos y pastores. | |

| | |
|--|-----|
| 11. Las llagas de los pobres | 253 |
| Acción social de la Iglesia. El amor que nos quema. Caridad política y estado de bienestar. La nobleza de la misericordia. | |
| | |
| <i>Epílogo</i> | 275 |

1

Habemus Papam

Introducción

Primero llegaría la *fumata* blanca: ¡ya tenemos Papa! Después, el cardenal protodiácono que lo anunciaba de una forma oficial: *Habemus Papam*. Por último, el clamor de la multitud, que habiendo visto los gestos y escuchando las palabras del Papa Francisco, repetía con gozo desbordante: ¡Qué Papa más grande tenemos!

Todo ello sucedía en las últimas horas de la tarde del 13 de marzo de 2013. El nuevo Papa —antes cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires— se llamaría Francisco. Y el enorme gentío, que abarrotaba la gran plaza del Vaticano, se fundía en un simbólico y fuerte abrazo con el nuevo sucesor de San Pedro que, sostenido por la misericordia de Cristo, tendrá que presidir y servir en la caridad a la Iglesia que se le ha sido confiada.

Como si de un anticipado pregón pascual se tratara, resuenan las palabras que anuncian los motivos de la alegría de la gran fiesta que se aproxima: ¡alégrate, madre Iglesia, porque Cristo te ha dado un nuevo pastor, un nuevo Papa! Con su magisterio y ejemplo está dando a la Iglesia y al mundo una más que oportuna y necesaria ca-

tequesis sobre lo que es el oficio y misión del Papa como maestro, guía y servidor de la Iglesia.

Pronósticos y conjeturas se equivocaron por completo a la hora de establecer las listas de los papables. En la mayor parte de ellas no figuraba este Papa latinoamericano. El último Papa no europeo había sido Gregorio III, en el siglo VIII. Francisco sería el primer Papa americano. Y miembro de la Compañía de Jesús. Unos pensaban en un gran tecnócrata que sostuviera en pie lo que ellos consideraban que se estaba desplomando. Otros, en un experto director general de una empresa que ejecutara, sin más dilación, unos deseados proyectos. Se quería, en fin, un experto organizador, un tecnócrata, un *supermanager*, un renovador que pusiera orden en algunos desconciertos...

Sorprendía y gustaba la personalidad y el nombre del cardenal elegido. Después, y con la admirable y absolutamente original lógica de Dios por delante, se veía que la persona y el nombre correspondían perfectamente a lo que la Iglesia quería y esperaba del nuevo Papa.

Se buscaba el perfil del nuevo Papa y se multiplicaban los retratos diseñados según el interés de cada uno. La silueta del futuro sucesor de Pedro se trazaba con unos rasgos bastante débiles entre unas líneas generales, unas disposiciones y actitudes indispensables y una relación entre la situación del mundo y de la Iglesia y el oficio del Vicario de Cristo. Pensando, muchas veces, más en la realización de los propios gustos e intereses que en aquello que la Iglesia realmente necesitaba.

Los criterios y las críticas

La figura, la persona de un Papa rompe cualquier esquema de los conocidos. Por tanto, no procede verlo desde una perspectiva meramente humana. Porque la Iglesia

tiene otros orígenes y otras metas que conseguir. Mucho peor si a la Iglesia se la considera, nada más, que como una estructura social, de gobierno y eficacia casi empresarial y se le aplican los criterios pensados para un colectivo de intereses económicos o de poder social.

El Papa es el sucesor de Pedro que garantiza la unión de todos en Cristo y con aquellos primeros discípulos que acompañaron al Señor: los apóstoles. Es el maestro que anima y guía la vida espiritual de los cristianos, así como la conducta moral. Es el pastor que cuida, alimenta y fortalece la fe de los suyos. Como timonel encargado de llevar adelante la nave de la Iglesia, abatida por tantas olas adversas, pero haciendo ver que son las manos de Jesucristo las que ponen el rumbo firme en esta singladura por el mundo, entre las dificultades que se encargan de crear los hombres y los consuelos que Dios ofrece.

Los perfiles, tan rigurosamente elaborados, más parecían diseñados para unas estatuas inertes que para lo que debía ser el pastor universal de la Iglesia católica. La figura del Papa era raquítica y alicorta. Se le presentaba, y deseaba, como un tecnócrata empeñado en solucionar unos problemas que más eran reciclaje de asuntos pasados que de realidad actual. Una especie de experto gerente en una empresa, en el mejor de los casos, de asuntos religiosos. Se reducía su acción poco más allá de los límites cerrados por los muros del Vaticano. Pero el Papa es el pastor de la Iglesia universal, el maestro de la fe, el animador de la esperanza y el que mantiene siempre encendida la lumbre de la caridad. Ha de ser juez justo y padre misericordioso. Sucesor de Pedro y principio de unidad entre todos.

De la sorprendente novedad en la elección de la persona se pasaría al aprecio inmediato. Mucho, y de forma

altamente positiva, se valoraban unos signos de sencillez y unas palabras que gustaban y conmovían a los entregados y a los indiferentes, a los católicos y a los pertenecientes a otras confesiones cristianas, y a los seguidores de otras creencias religiosas. Las expectativas se convertían en esperanza y los deseos parecían estar cumplidos.

Consciente de su misión, sabe que necesita la ayuda de Dios, así que pide al pueblo que, en silencio, ruegue la bendición del Altísimo para el nuevo Papa. Pocas veces un silencio ha sido tan elocuente en la gran plaza de la cristiandad. Después hablaría el Papa del camino que iniciaba como Obispo de Roma, buscando la fraternidad, el amor y la confianza con todos los hombres y mujeres del mundo. En alguna forma, lo subrayaría el Papa en el mensaje al rabino de Roma: «Espero vivamente poder contribuir al progreso que las relaciones entre judíos y católicos han conocido a partir del concilio Vaticano II, en un espíritu de renovada colaboración y al servicio de un mundo que puede estar cada vez más en armonía con la voluntad del creador.»

No faltaron comentarios que quisieron empañar la figura del nuevo Papa con referencias a situaciones pasadas. Llegaban envueltos entre noticias, completamente infundadas, sobre el comportamiento del cardenal Bergoglio en tiempos de la dictadura argentina. En momento alguno fue imputado por nada y sí, en cambio, hay sobrada y objetiva documentación de cómo el arzobispo de Buenos Aires denunció las situaciones injustas, ofreció protección a las personas, incluso llegó a pedir perdón por lo que podía haber sido una postura de la Iglesia, no lo suficientemente clara, en la defensa de la justicia durante ese tiempo de la dictadura. El primer jefe de Estado que recibiría el Papa Francisco sería a la presidenta de Argentina, Cristina Fernández de Kirchner.

Como era de esperar, aparecieron los consejeros de salón ofreciendo un montón de recetas, no siempre encaminadas a buscar el bien de la comunidad, sino para arrimar los intereses a los propios objetivos y que la Iglesia prestara atención a unos proyectos que ni correspondían precisamente a lo que esa Iglesia necesitaba en este momento, ni a lo que sea la función que el Papa tiene que desarrollar.

El otro grupo es el de los agoreros, pesimistas y desconfiados, que se afanan, con una imaginación cargada de malos presagios, en quitarle brillo y eficacia a los gestos del Papa, a echar de menos esto y lo otro, a juzgar precipitadamente sobre los acontecimientos y marcar las líneas del desencanto. No faltarán los recelosos, que podían sentirse incómodos pensando que no se les dará todo el espacio de protagonismo que creen merecer en la Iglesia, o de los amantes de una forma de hacer las cosas que no pueden estar dentro del estilo del nuevo Papa.

Otras críticas procedían de sectores que denunciaban la excesiva presencia de la figura del Papa en los medios de comunicación y en los que se buscaba no tanto el modelo del auténtico sucesor de Pedro y maestro de la fe de la Iglesia, sino una figura pública más de la que se quiere saber sus gustos, aficiones y anécdotas personales. El Papa Francisco tenía que recordar que *pontífice* quiere decir «el que construye puentes entre Dios y entre los hombres», para que cada cual pueda encontrar a su hermano. Levantar puentes es luchar contra la pobreza, tanto material como espiritual y edificar la paz.

El programa pastoral del Papa Francisco

En unos apuntes que el cardenal Bergoglio recogía en las sesiones preparatorias para el cónclave había escrito: «Pensando en el próximo Papa, sería un hombre que,

desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo, ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive la dulce y confortadora alegría de evangelizar.» Antes y después de la elección, se quiso marcar la agenda del nuevo Papa, proponiéndole los asuntos en los que, de una manera preferencial, tendría que ocuparse. A partir de aquellas sugerencias, se esperaba que el elegido pusiera sobre la mesa y de una forma inmediata, los asuntos que a cada uno le parecía de mayor urgencia.

En las primeras semanas, el Papa Francisco fue desgranando lo que se vislumbraba, más que el interés por unos asuntos concretos, los ámbitos de preferencia de su actuación como pastor de la Iglesia universal. En un primer encuentro con los representantes de las iglesias no católicas, comunidades eclesiales y de miembros de otras religiones (30-3-2013), el Papa dejó bien asentado cuál era el principio fundamental de su cometido: «Mantener viva en el mundo la sed de lo absoluto, sin permitir que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a aquello que produce y a aquello que consume. Ésta es una de las insidias más peligrosas para nuestro tiempo.»

Así lo subrayaba en la homilía de la celebración con la que se iniciaba el ministerio papal: «Saber leer con realismo los acontecimientos, escuchar la voz de lo que nos rodea y tomar las decisiones que procedan. Siempre, y en el centro, Cristo, no el sucesor de Pedro.» Y estar con los pobres, «¡cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!» (A los periodistas, 16-3-2013). Con el pueblo, pues el Obispo de Roma debe ir junto a su pueblo en «un camino de fraternidad, de amor y de confianza» (Primer saludo, 13-3-2013). Sin olvidar nunca el ejercicio de la

misericordia: «No oímos palabras de condena, sino sólo palabras de amor, de misericordia, que invitan la conversión» (*Ángelus, 17-3-2013*).

Todo ello suponía una decidida apuesta por el hombre, al que hay que llevar al encuentro con Jesucristo. Ello requiere salir de uno mismo, sin pretender ser un simple gestor, sino ejercer el poder como obligación de servicio. Y con los brazos abiertos «para velar por todo el pueblo de Dios y para coger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, a los más débiles, a los más pequeños» (*Homilía inicio ministerio, 19-3-2013*). Salir a las periferias donde hay sufrimiento, sangre derramada, ceguera que desea ver, cautivos de tantos malos amos (*Misa crismal, 28-3-2013*). El pastor tiene que estar identificado con el rebaño, «con olor a oveja». Igual que Jesús, que mira, ama y sirve a todos.

Trabajar por la unidad más allá de las diferencias, no en la igualdad sino en la armonía. Proseguir en el camino del diálogo ecuménico e interreligioso, en estima recíproca y en la cooperación por el bien de la humanidad. El pastor tendrá que vigilar el rebaño y discernir los caminos por los que ha de discurrir el hacer apostólico de la Iglesia. Cuidar de la unidad entre todos y dejar que Dios sea el que vaya siempre delante.

Es costumbre, en algunos monasterios orientales, que el día de Pascua, como signo casi litúrgico, los monjes se postren y pongan el oído muy cerca de la tierra para sentir en ella el latido del corazón de Cristo resucitado. Así tendrá que hacer el buen pastor: poner el oído muy cerca de los sentimientos y necesidades de la humanidad. Pero sin pretender que el Papa pueda dar otro pan sino aquel que tiene y del que él mismo se alimenta: la palabra de Dios, los sacramentos y la caridad fraterna.

A propósito del nombre, Francisco, y del lema papal,

que hace referencia a la misericordia de Jesucristo que lo ha elegido, se recordaban las palabras de una homilía (21, *Corpus 122*) de Beda el Venerable, un santo monje inglés del siglo VII, que puede ser como el proyecto y estilo del programa del nuevo Papa: «No ambicionar las cosas terrenas; no buscar las ganancias efímeras; huir de los honores mezquinos; abrazar de buena gana el desprecio del mundo para la gloria celestial; ser de ayuda para todos; amar las injurias y no causárselas a nadie; soportar con paciencia aquellas recibidas; buscar siempre la gloria del Creador y nunca la propia. Practicar estas cosas y otras similares quiere decir seguir las huellas de Cristo.»

Sin que como tal la presentara, el Papa Francisco pronunció, ante los cardenales electores, una homilía que podía considerarse como programática. Hablaba del itinerario por recorrer en la edificación de la Iglesia. Caminar y vivir con honradez en la presencia de Dios; edificar con las piedras vivas urgidas por el Espíritu Santo y sobre la piedra angular que es Cristo; confesar a Cristo, pues de lo contrario la Iglesia no sería nada más que una organización asistencial. Para recorrer ese camino con seguridad habrá que abrazarse a la cruz, solamente así la Iglesia podrá avanzar.

En ese caminar, entre las fuentes de la fe y el encuentro definitivo en el santuario de Dios, se apreciaban desviaciones y extravíos. Pero ahí estará el pastor para ir sacando de desiertos y atolladeros y llevar al rebaño por los caminos de Dios, según la hermosa alegoría con la que nos ilustraba Benedicto XVI acerca de lo que había de ser el oficio del buen pastor. En sus manos, y por voluntad de Cristo, está el franquear las puertas al que llega, pero también discernir y recordar las exigencias para entrar en el reino de Dios. En ocasiones, la resolución a to-

mar será difícil y comprometida, pero habrá de actuar con la justicia del Evangelio, siempre cercana y compañera de la misericordia.

En el programa de su pontificado no existe el propósito de hacer la propia voluntad, sino de estar atento a lo que necesita la Iglesia, escuchar la palabra de Dios y dejarse llevar por la luz que el Espíritu le presta. Con la verdad del Evangelio y la caridad de Cristo está asegurada la eficacia de la gracia del Señor, que nunca ha de faltar, y se producirán frutos abundantes. La obra de crecimiento del reino de Dios seguirá su camino, y la barca de Pedro navegando, quizás en unos mares en los que parece que la bonanza de los tiempos de Dios ha desaparecido. Pero esta nave cuenta con muy buen timonel. La mano de Dios estará con él y la gracia del Espíritu pondrá la luz para una inteligencia de lo que el Señor quiere para su Iglesia en este momento.

La Iglesia es una sola, pero está presente en todas y cada una de las Iglesias locales, con sus obispos, sus sacerdotes, sus consagrados y consagradas y sus fieles. La colegialidad de los pastores no es una mera pieza en la organización, sino la vida en el mismo credo, en los mismos sacramentos. El Sínodo de los Obispos necesitará renovada atención en sus estructuras y propuestas. El Papa preside en la caridad, pero también gobierna la nave de Pedro y necesita de aquellos instrumentos de gestión que le ayuden y faciliten la tarea. Curias y dicasterios precisarán apoyo y renovación, de saber enderezar lo torcido y de reconocer el inapreciable trabajo que realizan en beneficio de toda la Iglesia.

La variedad y diferencia de carismas, vocaciones y ministerios, presencias y envíos a evangelizar, en forma alguna suponen disgregación. Es la riqueza de la gracia del Espíritu, que da a cada uno aquello que necesita para

su propia santificación, pero teniendo en cuenta que los destinatarios de los dones que se reciben son las personas a las que se tiene que servir. No es disgregación, sino pluralidad. Es la unidad en el mismo Espíritu. Maravillosa armonía entre lo más diverso para componer una magistral y católica sinfonía, donde los regalos de Dios se unen a los valores y cultura de los hombres, y forman una Iglesia que no olvida nunca que está llamada a ser luz de las gentes.

Había mucha expectativa para saber qué líneas de gobierno pastoral seguiría el Papa Francisco. De una manera general, lo expresó en la homilía de inicio del ministerio: prestar atención constante a Dios, estar abierto a sus signos, estar disponible para el proyecto del Señor y no para el suyo propio, saber escuchar la voz divina y dejarse llevar por su voluntad, ser sensible al pueblo que se le ha confiado, leer con realismo los acontecimientos, estar atento a todo ello y saber tomar las decisiones más sensatas. Más que un programa, se trataba, evidentemente, de unas actitudes generales de cómo había que afrontar el ministerio.

Los cardenales se habían reunido en cónclave y sabían muy bien cuál era su misión: elegir y comunicar a la Iglesia el nombre de aquel que Dios había señalado como sucesor de Pedro. No tenían un candidato preconcebido, sino una recta y sincera voluntad de buscar al que Dios quería en estos momentos de la historia para guiar al nuevo pueblo de Dios y ser el signo visible en la tierra del fundador de la Iglesia. El elegido se incorporaba a esta comunidad peregrina, caminando entre debilidades, errores y tropiezos, pero consciente de que la flaqueza de los hombres tiene su mejor apoyo en la confianza en Dios.

Los papas no se repiten

Aunque los papas no se repiten, era casi inevitable establecer parangones de semejanza entre unos y otros pontífices. Es evidente que hay actitudes más o menos parecidas, pero cada papa es irrepetible. Y la razón, muy sencilla: el Espíritu del Señor pone al frente de la Iglesia, como guía de la fe, fortalecedor de la esperanza y servidor de la caridad, a aquel que mejor puede desempeñar el ministerio de Obispo de Roma, siempre en los momentos y circunstancias en las que vive la Iglesia, pero sin olvidar nunca que la razón de ser, de este nuevo pueblo de Dios, no es otra que la de poner el Evangelio, como semilla eficaz, en todas las realidades de este mundo y que, por la fuerza del mismo Evangelio, todo se transforme en el reino nuevo querido por Dios.

Habrà que tener en cuenta que la Iglesia no comienza en cada pontificado. Es la Iglesia de Jesucristo que sigue su camino por la historia de este mundo, entre las bendiciones de Dios y las barreras que se empeñan en poner los hombres. Los papas no se repiten. Dios envía a la Iglesia el pastor que en ese momento se necesita. A Pío XII se le conocía como el pontífice de la paz. A Juan XXIII, el bondadoso Papa del concilio Vaticano II. A Pablo VI, el de la evangelización del mundo contemporáneo. A Juan Pablo I, el de la sonrisa fugaz. Juan Pablo II, el fascinante pastor universal. Benedicto XVI, el Papa del profundo y esencial magisterio. Cada papa, con el carisma propio de su ministerio, aporta la riqueza de su personalidad, en la que pueden destacar rasgos distintos, pero siempre se trata de aquel que ha sido elegido por Dios a través de las mediaciones humanas.

En la actualidad, la Iglesia está presente, con más o menos visibilidad, en todos los países del mundo. De

cualquiera de ellos podría venir el pastor prometido. A todos llegará su magisterio. Este sentido de universalidad no se refiere, como es lógico, a lo simplemente geográfico, sino a ese principio teológico y eclesial que nos hace hermanos formando un solo pueblo con un solo Señor, un solo bautismo y una sola fe.

Acababa de haber sido elegido Papa. Apenas tres meses de pontificado y Juan XXIII convocaba un concilio ecuménico, católico, universal. Era el 25 de enero de 1959. Al Concilio estaban llamados todos los obispos. También se invitaría a las Iglesias separadas a enviar algunos observadores. Todos quedaron sorprendidos y preocupados. La mayor parte lo recibió con júbilo y esperanza, pero no faltaron los que mostraron cierto desasosiego. Parece ser que el Papa Pío XI tuvo la intención de convocar un concilio, pero se lo desaconsejaron. Ahora, el Papa Roncalli, al que se le juzgaba como de transición, daba un increíble paso en la historia de la Iglesia con un gesto que había de ser considerado como uno de los acontecimientos más importantes del siglo xx.

El nuevo Papa, en medio de su sencillez, después del difícil e impresionante pontificado de Pío XII, se propuso convocar un Sínodo romano, un Concilio ecuménico y emprender la reforma del Código de derecho canónico. Eran los signos de los tiempos que el Espíritu de Dios quería marcar en la historia de la Iglesia. Y Juan XXIII sería el elegido por la Providencia para empresa de tanta envergadura. Aquel Papa supo leer las huellas que Dios dejaba en la historia de los hombres, acercarse a las heridas que había dejado la segunda guerra mundial y aprovechar las inquietudes que se venían manifestando en diversos sectores de la Iglesia, especialmente en lo que se refería a la justicia social, la renovación litúrgica,

el diálogo entre la cultura y la fe, la acción católica, el impulso misionero...

Se clamaba por una reforma de la Iglesia, apoyándose en lo que se podría considerar como un alejamiento del auténtico espíritu evangélico. Se veía a la Iglesia cerca de los poderes de este mundo, con un distanciamiento real del pueblo, con la centralización romana, la rigidez moral, el ritualismo y la uniformidad, las imposiciones autoritarias y, en definitiva, el olvido de una acción pastoral en consonancia con el momento que se tenía que vivir. La jerarquía y el pueblo, toda la Iglesia, tenía que emprender un auténtico camino de renovación, en el que habían de participar, de forma activa y corresponsable, todos aquellos que formaban el pueblo de Dios. No se debía escuchar a los profetas de calamidades, pero tampoco hacer oídos sordos al deseo de tantos hombres y mujeres que, con sinceridad de corazón, clamaban por una respuesta a los problemas y agobios de quienes llamaban a las puertas de la Iglesia.

Juan XXIII pondría lucidez ante los prejuicios de unos y otros: «Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres, pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia» (*Discurso de apertura*).

No podían soslayarse los graves problemas que afectaban a la vida de la Iglesia, pero tampoco se podía caer en un fatalismo irremediable. Con gran sentido de la presencia de Dios en la historia de los hombres y el conven-

cimiento de la asistencia del Espíritu Santo, el Concilio afrontaba, no sin muchas incomprendiones y dificultades internas, la realidad objetiva del mundo, siendo consciente de que un periodo nuevo entraba en la vida de la Iglesia.

Con el Vaticano II

Lo ha dicho el Papa Francisco: no queremos un concilio Vaticano III, porque el segundo lo hemos dejado como mina sin explotar. El 11 de octubre de 1962 daban comienzo las sesiones del concilio Vaticano II. Un acontecimiento de singular importancia, no sólo para la Iglesia católica sino para la misma historia contemporánea de la humanidad. Han pasado cincuenta años. Sin embargo, se tiene la impresión de que aún no se conoce suficientemente el contenido doctrinal y pastoral de los documentos del Vaticano II. También se opina, en algunos sectores, que no se ha asumido con el ilusionante espíritu de esa vida eclesial nueva que llegaba desde el Concilio.

La convocatoria y celebración del concilio Vaticano II, por parte del Papa Juan XXIII, fue un acontecimiento de notable relieve histórico, cultural, teológico y eclesial. Algo considerado como verdaderamente providencial y que había de figurar en las primeras páginas e imágenes de los medios de comunicación de todo el mundo. ¿Mantiene su actualidad ese Concilio? Este sentido de lo actual hay que considerarlo desde la vigencia, es decir de lo que influye en las ideas y el comportamiento de los hombres y de las mujeres de este siglo XXI.

Un acontecimiento, por otra parte, muy controvertido. La misma convocatoria sorprendió a unos y a otros. Algunos no pudieron disimular su disgusto. Ni veían necesario un encuentro eclesial de esta categoría, ni mucho

menos después de haberse definido la infalibilidad pontificia. No creían oportuno un espacio tan grande de reflexión que podría traer más ambigüedad que reafirmación en la ya suficientemente clara doctrina tradicional. La mayor parte de la Iglesia, y de grandes sectores académicos, sociales y religiosos no católicos, recibieron la convocatoria con interés, aunque no faltaron los recelos correspondientes acerca de lo que podía ser y de las pretensiones a las que quería llegar esta asamblea verdaderamente católica.

Después de cincuenta años del inicio del concilio Vaticano II, continúa siendo un acontecimiento aceptado, muy valorado y poco conocido. Se piensa que es necesario recuperar todo lo que supuso de entusiasmo y de esperanza aquella brisa nueva del Espíritu que llegaba desde Roma. Era un nuevo Pentecostés, un fuerte soplo de aire fresco que inundaba la vida de la Iglesia, que renovaba sus estructuras y la abría al mundo.

Por unas y otras razones, algunas sin fundamento, se fue hablando, ya en el inmediato postconcilio, de una magnífica ocasión perdida. Que no se había sabido aprovechar tan importante asamblea para emprender una profunda y verdadera renovación de la Iglesia. Otros, por el contrario, pensaban que se había ido demasiado lejos y, poco menos, que se había apartado a la Iglesia de su tradición y hasta del Evangelio. Conservadores y progresistas permanecieron en sus cuarteles, pero no de una forma pasiva, sino que emprendieron una disidencia particular, pretextando que el Concilio se había estancado o que había sobrepasado los límites de su propia competencia.

Se empezó a decir, casi sin haber terminado de leer los textos conciliares, que había que recuperar el Concilio, pues había sido secuestrado por determinados grupos. Incluso se empezaron a oír voces pidiendo la convocato-

ria de un Vaticano III y hasta del II de Jerusalén. Se insistía en la necesidad de conocer bien la documentación emanada del Vaticano II. De recibirlo con positivo afecto eclesial. El discurso que dirigió Benedicto XVI a la curia romana en el saludo navideño del 2005 está considerado como la más autorizada y mejor reflexión sobre el Vaticano II. «¿Cuál ha sido el resultado del Concilio? —pregunta el Papa—. ¿Ha sido recibido de modo correcto? En la recepción del Concilio, ¿qué se ha hecho bien?, ¿qué ha sido insuficiente o equivocado?, ¿qué queda aún por hacer? [...] De ese modo, como es obvio, queda un amplio margen para la pregunta sobre cómo se define entonces ese espíritu y, en consecuencia, se deja espacio a cualquier arbitrariedad. Pero así se tergiversa en su raíz la naturaleza de un Concilio como tal. De esta manera, se lo considera como una especie de Asamblea Constituyente, que elimina una Constitución antigua y crea una nueva. Pero la Asamblea Constituyente necesita una autoridad que le confiera el mandato y luego una confirmación por parte de esa autoridad, es decir, del pueblo al que la Constitución debe servir» (*A la curia romana, 22-12-2005*).

Del Concilio salía una Iglesia renovada. Con un fondo documental amplio sobre los más diversos temas, si bien no todos ellos, como es lógico, tenían la misma importancia y actualidad. Constituciones dogmáticas, decretos y declaraciones constituían un fondo, más que importante e imprescindible, para el conocimiento y puesta en marcha de las orientaciones conciliares. Se hablaba del nuevo pueblo de Dios cuidado por sus pastores, y en el que se abrían amplios espacios para la corresponsabilidad, la subsidiariedad y la participación. Se había de reforzar la comunión, pero no como fuerza ante las agresiones exteriores, sino como exigencia de la unidad de todos en Cristo.